

*Gabriel Salazar Vergara
Profesor Universidad de Chile*

RESUMEN

Esta ponencia alude al gran desarrollo que ha tenido en el último tiempo la Historia Social en Chile y al problema de cuál debiera ser el sentido e impacto real que esta disciplina debiera tener en los procesos históricos nacionales. Constata que la multiplicidad de estudios que se han elaborado desde 1985 no avanza en convergencia sino en dispersión. Considera que la realidad social y cultural del Chile de hoy demanda un compromiso mayor de los historiadores sociales con la memoria viva de los chilenos (sobre todo de los sectores populares) y un tipo de educación que permita el desenvolvimiento efectivo de la soberanía y el poder ciudadanos. La validación de este objetivo implica que el profesor de historia debiera ser, al mismo tiempo, investigador y actor en los procesos locales (comunitarios) de empoderamiento cívico.

En primer lugar, debo agradecer la invitación a participar, no voy a decir en este evento “académico”, porque entiendo – según lo que ustedes han planteado acá – que este encuentro es algo más que académico, ya que, se supone, es un “diálogo”. Y es, tal vez, la primera vez que asisto a un diálogo entre profesores y estudiantes que, compartiendo el cultivo de una misma disciplina, nos sentimos compelidos a conversar juntos las implicaciones sociales e históricas de nuestro quehacer académico. No hay duda que tales implicaciones involucran también a muchos sujetos que no son acaso universitarios, pero que constituyen el “sujeto” central de nuestras preocupaciones. Tanto así, que este diálogo, así ampliado, podría terminar siendo – y ojalá fuera – una virtual asamblea ciudadana. Porque vamos a hablar de nuestra disciplina, pero a la vez de nuestro tiempo y de nuestro futuro como sociedad. Con lo cual caminamos más allá de las fronteras académicas.

Me felicito, pues, de estar aquí, en lo que puede ser el origen, probablemente, de un proceso que va a ser todavía más ancho, profundo y trascendente de lo que ha sido hasta ahora.

Ahora bien, yo invitaría a que pensemos con el tiempo histórico en movimiento. Es decir: tomando en cuenta la vida social de los últimos veinte años, que más o menos es el tiempo en que la *memoria social* de los chilenos se ha echado a andar por sí sola, más allá del los recuerdos enclaustrados en el temor, la prisión, la tortura y la muerte, en camino ya hacia la acción y la voluntad de enhebrar una nueva historia.

En este sentido, puede ser útil que comencemos examinando algunas imágenes significativas de nuestra memoria profesional y social.

Primera imagen. En el año 2003, Peter Burke, un historiador inglés, editó un libro acerca de las nuevas maneras de escribir la historia. Y no dijo investigar, sino “escribir” la historia. O sea: esa fase en que lo importante es la *comunicación* con los lectores y la sociedad. A escribir sobre esa fase invitó a los más importantes historiadores de



la Historia Social, en su mayoría de Inglaterra, Italia, España, Alemania, Estados Unidos, Australia. Y en el balance final de ese libro, llegaron a la conclusión de que la ciencia histórica ha tenido una importante *revival*, un hito sinérgico, un día de Pentecostés que encendió el compromiso comunicativo con la sociedad actual. De tal modo que en los últimos veinte años, las investigaciones histórico-sociales se han desarrollado en todas las direcciones posibles de la memoria pretérita y la sensibilidad contemporánea. Ha sido una explosión cognitiva y a la vez comunicativa, que ha transformado la historia en una ciencia invasora, inundante, que penetra todos los poros de la realidad, el torrente sanguíneo de todos los sujetos, el plexo solar de todas las situaciones y los más oscuros rincones micro-históricos. Tomándose de la mano, en todo tiempo y lugar, con la vida misma. Y topándose, en ese movimiento, con todas las demás ciencias humanas y sociales. Por eso, concluyó Burke, podemos hablar hoy en día, por primera vez, de *historia total*, o bien, de “nueva historia”.

Por eso, la “nueva historia” incluye estudios de historia local, historia de la mujer, historia oral, del cuerpo, de redes asociativas, de bandas roqueras, de la gestualidad, los graffitis, del vestuario, etc. Una multiplicidad centrifugada de direcciones de análisis. Una diáspora dispersa de aventureros de la memoria. Como si la Historia, lo mismo que las imágenes televisivas enroladas por Baudrillard en su reflexión, viera los acontecimientos yendo en cualquier dirección, *sin ningún sentido común*. Sin linealidad de sentido. Como si los historiadores se hubieran ido colgando, uno a uno, de cada fragmento histórico que pasara rozando su piel. Cada cual arriba del fragmento que escogió, como el Principito sobre su planeta único, apenas acompañado por un zorro imaginario. ¿Historia total? Sí. ¿Historia nueva? También. Pero en *dispersión*. En centrifugación. Sin un aparente sentido histórico común. Sin retorno compartido para impactar sobre la tierra.

Segunda imagen. En 1983, en plena dictadura, decenas de estudiantes fundaron el “Encuentro de Historiadores Jóvenes”, actividad que mantuvieron viva durante varios años. El Encuentro fue un espacio libre de investigación y reflexión históricas, que contrastaba con el enclaustramiento policial de la universidad y la calle. El “Encuentro” fue un espacio donde los jóvenes se pensaron no sólo como historiadores, sino también como jóvenes. Al legitimar esa *identidad dual*, instituyeron el germen viviente de la “nueva” historia social de Chile. A partir de ese espacio y de esa generación, se han desarrollado diversas líneas de investigación: sobre pobladores, sobre la mujer, el peonaje, los campesinos, los mapuches, los aimaraes, los niños, los jóvenes, las prostitutas, los homosexuales, las lesbianas, los delincuentes, los cangalleros, los vendedores ambulantes, los niños del río, etc. Y fue así como desde, aproximadamente, 1984, se produjo un verdadero *boom* de la historia social, que ha iluminado desde todos los ángulos la identidad heterogénea y cambiante de los sujetos populares, tanto de los “clásicos” (obreros, campesinos), como de los no clásicos (marginales e indígenas). Y este *boom* específicamente chileno parece estar aquejado del mismo problema detectado por Peter Burke *et alia* en la historia social mundial: dispersión, centrifugación, no-convergencia,

micro-positivismo. Lo que los historiadores jóvenes – y otros no tan jóvenes – fundaron en 1983, ha crecido y se ha desarrollado abriendo un horizonte, pero sin encontrar, aun, un sendero estratégico hacia el futuro de todos.

Tercera imagen. Hace algún tiempo, Edward Thompson, historiador social inglés, escribió un libro que llamó “Miseria de la teoría”, en el cual intentó refutar, criticar y, en cierto modo, ridiculizar, la filosofía neo-marxista francesa, desde Louis Althusser hasta Michel Foucault. Se sabe que el marxismo académico, después del famoso seminario realizado en Venecia en 1977 (en cuyo cierre Luis Althusser, casi llorando, afirmó que “el marxismo ya no es más un bloque de acero” como había dicho Lenin, porque el marxismo se estaba desangrando en dispersión, y la dispersión inutilizaba al marxismo no sólo en la academia sino también en la política y en la historia) se sumió en una crisis, de la cual surgió, por un lado, la filosofía neo-estructuralista francesa y, por otro, el neo-historicismo social de los ingleses. Y Thompson, haciendo el balance de la filosofía francesa y del marxismo teórico en general, concluyó, irónicamente: “se ha acumulado una montaña de reflexión teórica que reconoce herencia marxista, sobre las estructuras, sobre el lenguaje, sobre el Estado. Una montaña, pero ¿dónde está esa montaña? Pues, apilada en los pasillos de las universidades, como toneles de marxismo teórico envasado, acumulado y enmohecido. Y de toda esa montaña apilada no ha salido siquiera un solo ratón político y menos un ratón histórico”. Entonces ¿para qué?

Cuarta imagen. Hace dos meses, se acercó un grupo de estudiantes de la Universidad de Chile diciendo: “profesor, queremos hacer una Jornadas de Historia y queremos que usted participe junto a otros profesores”. ¿Y sobre qué se discutirá?, pregunté. “Sobre Historia Social”, respondieron. ¿Y qué es lo que les preocupa de la Historia Social?, pregunté de nuevo. Y dijeron: “para qué sirve, para qué estamos haciendo lo que hacemos, para dónde vamos con todas estas investigaciones, pues llevamos ya veinte años en esto”. Yo había tenido ya algunas aprehensiones en ese sentido, pero tal respuesta redondeó el problema de golpe. Y sentí que, por fin, saltaba una bengala que nos instaba a mirar, todos de una vez, en *una misma dirección*. Enhorabuena. Sentí que era necesario bracear con todas las fuerzas en esa dirección. De nuevo, los jóvenes daban la señal del arranque. Era imposible, por tanto, restarse a semejante invitación.

Por el momento dejemos esas cuatro imágenes. Traigamos otro par de imágenes, de otro tipo ahora, ya no acerca del gremio de historiadores, sino acerca de “lo nacional”, según señaló la profesora Alejandra Araya, y en particular, acerca de lo que ha ocurrido durante los últimos veinte años en este país.

Si hay un juicio histórico global que se ha formulado sobre esos veinte años es, tal vez, el que formuló el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en 1998, cuando en su Informe del Desarrollo Humano en Chile afirmó que estamos viviendo ciertas “paradojas de la modernización”. Se usó la palabra “paradoja” tal vez para no decir “contradicción” y para no incurrir en palabras sospechosas como “explotación”, “exclusión” o “marginación”. Hablemos algo sobre esas paradojas.



Desde 1983, hasta el día de hoy, este país ha tenido una tasa de crecimiento positiva que ha fluctuado entre el 4 y el 3,8% como mínimo y 10,2 % como máximo. Nunca antes en toda la historia Chile, había existido un ciclo tan largo con crecimiento positivo, hay que tenerlo presente. Si leemos las noticias de estos días, hoy “El Mercurio” trae la siguiente información: *“en el ejercicio del último año, las Isapres- uno de los polos del capital financiero en Chile- han obtenido ganancias superiores, con respecto al año pasado, del 79,8%”*. Nótese: 80 % en Chile, cuando en Estados Unidos las empresas se fijan como gran objetivo alcanzar el 15%, y en Japón están felices cuando logran un 7%. La semana anterior, el mismo diario publicó una lista de los grandes consorcios empresariales de este país, señalando que su promedio de ganancias era de 43 % anual. Y el domingo recién pasado “El Mercurio” informaba que los capitales que se cotizan en la Bolsa de Comercio de Santiago aumentaron con respecto al año pasado en 76%, graficando la abundancia y casi saturación financiero del siguiente modo: *“lo que más abunda en esta Bolsa son unos capitales que andan por ahí dando vueltas”*.

Si revisamos el ranking internacional publicado por las grandes consultoras que clasifican las economías nacionales en función del “riesgo país”, es decir, de la garantía que dan los países a la posible inversión del capital extranjero, somos el país de todo el tercer mundo que *compite mejor en ese sentido*, pues ya hemos ingresado al exclusivo elenco de las naciones tipo “A”, mientras Argentina – por ejemplo – no clasifica ni para “Z”. Los grandes países desarrollados están *rankeados* en la cima con una triple “AAA”. Estamos pues, en *este* aspecto, pisándoles los talones.

Eso no es todo, sin embargo. Nuestros éxitos son variados. Y se ha informado también que la inversión de Chile en el exterior alcanza en este momento a la increíble suma 43 mil millones de dólares, o sea 43 billones, de la cual, 17 millones corresponden a las AFPs. La inversión chilena en el extranjero está aumentando a razón 127% anual, o sea, se duplica de un año a otro. Las AFPs tenían prohibido invertir sus caudales (aportados por los trabajadores cotizantes) en el exterior, pero luego se les permitió invertir el 14 %, y luego el 25 %, y luego el 30%, y ahora están demandando cifras aun superiores. ¿Dónde van esas inversiones? En primer lugar a Estados Unidos, en segundo lugar, a las Islas Caimán, y en tercer lugar a Argentina. ¿En qué se invierte? En bonos y papeles, aunque también en hidroeléctricas y *retail* (supermercados). La inversión de los empresarios chilenos en el exterior forma parte – se cree – de la globalización del país, pero al mismo tiempo, del proceso de des-inversión industrial que caracteriza nuestra economía interna y nuestro mercado laboral. También tenemos un 1% de la inflación anual y una balanza comercial con 23% de superávit en los últimos años.

En suma: todos los parámetros macro-económicos del país no sólo están sanos, sino que son espectaculares. Está claro: aquí, somos *bacanes*.

Hay otro conjunto de indicadores también que es bueno recordarlos porque constituyen la antítesis que

completa la sensación de “paradoja”. Estos indicadores aluden, no a las estructuras financieras del país, sino a la *subjetividad* de los chilenos. O sea: al estado anímico real de todos nosotros. Mencionemos algunas cifras a este respecto: en este momento, el quintil más rico de Chile se lleva el 62,3 % del PIB (Producto Interno Bruto), y el quintil más pobre apenas el 3,3%. Nunca antes en la historia de Chile (salvo a mediados del siglo XIX) había existido una polarización tan brutal del ingreso nacional, pero ésta sigue agravándose a una tasa de 0,5% de reducción anual para el quintil más pobre. Y el fenómeno no se detiene. Otra cifra: “El Mercurio” de la semana pasada dice: “*En Chile se crean todos los años 80 mil nuevos empleos.*”. Acto seguido señala: “*el 90 % de esos empleos se pierden en menos de un año*”, y la mitad de ellos, dura 4 meses. El Presidente dijo el año pasado: “Señores, hemos roto un récord histórico porque este año hemos creado 150 mil nuevos empleos”. Frente a esta frase jubilosa, recordemos que la gran mayoría de esos empleos dura menos de un año y que, además, de esos 150.000 nuevos empleos, 75% es *auto-empleo*, es decir: el compañero que «inventó» resolver su supervivencia vendiendo en la calle, poniendo un tallercito, haciéndose “colero”, etc.; o sea: volviéndose “economía informal”. Y otra cifra más: las grandes empresas, que se supone son las que dan empleo estable, tienen sólo un 25 % de empleos estables; todo el 75% restante es inestable, precario, temporal o no existe.

Y producto de esos indicadores económicos relativos a los sujetos, aparecen los indicadores propiamente sociales, y aquí ocurre que la tasa de nupcialidad ha caído 50 % en 10 años, lo que indicaba que cada vez hay menos y menos matrimonios. Según Roberto Méndez, de ADIMARK, si esta caída continúa, dentro de veinte años más nacerá *el último niño* en Chile, simplemente por la proyección estadística de las tasas de nupcialidad y natalidad, lo que implica, en paralelo, envejecimiento de la población, envejecimiento del electorado, menor número de jóvenes postulando a la Universidad, etc. Otra cifra – que ya la hemos mencionado muchas veces – el 56% de los niños que nace en Chile es “huacho”, es ilegítimo, nace fuera del matrimonio, y por tanto está fuera de una familia que pueda eventualmente proveer y asegurar su desarrollo.

Esta es, pues, la extraña “paradoja de la modernización”: parámetros económicos de excepción por arriba y parámetros sociales de excepción por abajo. Por paradojas mucho menos graves los jóvenes de los años 60s decidieron hacer la revolución. Pues en esos años había empleos estables, sindicatos poderosos, leyes protectoras, partidos populistas que defendían al trabajador, una CUT fuerte, asignación familiar, inamovilidad de los empleos públicos y, sin embargo, no nos gustó, nos quejamos y nos rebelamos. Era un período en que la polarización del ingreso no era extrema. Un período en que se tenía confianza en los partidos políticos, en los líderes políticos y en el Estado. Repito: por muchísimo menos de lo que vivimos hoy, los jóvenes del '68 se hicieron revolucionarios.

La paradoja es, pues doble: contraste diametral entre indicadores económicos de estructura e indicadores humanos de subjetividad, y contraste diametral entre la brutalidad de la paradoja que vivimos y la inmovilidad



política en que nos empantanamos. Y llevamos veinte años viviendo esta doble paradoja. ¿Qué hacer?

Veinte años con esta paradoja revolviéndose dentro de cada uno de nosotros, y estamos tranquilos. O estamos intranquilos (con “malestar interior” dice el PNUD), pero paralizados histórica y políticamente. ¿Hasta cuándo soportaremos esto sin hacer nada?

Y nosotros, los historiadores de la “nueva historia”, cada uno en su planeta propio; cada uno en su nicho micro-histórico; amigables, pero reacios a converger en un colectivo actuante; socialistas, pero individuados en un proyecto profesional personalizado; debatiendo por positivismos más o positivismos menos; corriendo los límites de la política hasta los sujetos de carne y hueso o devolviéndolos hasta la médula del Estado; enredados en debates semánticos o desmontaje epistemológico de los discursos de otros; sospechando de los métodos orales u olvidando los métodos documentales; refugiándose en la ambigüedad “política” en las coyunturas conflictivas; priorizando – con justicia a veces – la manutención y el prestigio profesional al compromiso de jugarse de frente contra las “paradojas”, etc. Entonces uno se pregunta: ¿quién está trabajando en el problema de colaborar cognitiva, solidaria y políticamente con los chilenos de los quintiles más pobres? ¿Acaso las universidades? Todos vemos que las universidades están luchando actualmente por sobrevivir *en el mercado*, y compiten entre sí en un combate que va camino a la muerte, y uno ve a la Andrés Bello comiéndose a pedazos los nichos que la Universidad de Chile no puede cubrir, y a la Finis Terrae o la de los Andes comiéndose a pedazos lo que la Universidad Católica de Santiago no puede sostener. Y uno vio cómo la Universidad del Mar se tragó entera a la Universidad Santos Ossa, en Antofagasta. Y la Universidad de las Américas le quita el piso a una multiplicidad de universidades “alternativas”. Las universidades de hoy no piensan el país, sino su propia supervivencia en la ley de la selva que rige la Educación Superior. Y en función de esa lógica proponen, como gran novedad, reducir las mallas curriculares, reducir los años de licenciatura, multiplicar los postgrados, eliminar los exámenes de grado, bajar al mínimo el número de páginas de las tesis, etc. Para aumentar la excelencia académica – anuncian – *bajan los costos*. Porque la única excelencia que importa al día de hoy es saber competir y desbancar a los competidores. Y aumentar, de paso, la utilidad neta cobrando por todo: por licenciatura, por titulación, por diplomado, por bachillerato, por magíster, por doctorado y post-doctorado, etc. Se construye una montaña académica de costos crecientes hacia arriba – para la familia del estudiante – y una enorme bola de nieve de postgrados rodando con ganancias decrecientes hacia abajo, que aplasta a todos los incautos que no suben la montaña. E incluso a los que la han subido. Las universidades, por todo esto, no sólo no piensan Chile, sino que, por lo mismo, están muy lejos de pensar en serio a los pobres del último quintil.

Las ONGs, que pensaron la sociedad popular en los '80 y ampararon la historia social en esa época, al presente están trabajando para el modelo, también para sobrevivir. Ya no están pensando el sujeto popular como opción preferencial, sino operando *cualquier* proyecto por opción de supervivencia. El pragmatismo de la supervivencia

ha sustituido al viejo compromiso ético o político. Hoy, por eso, no se investiga: se *ejecutan* consultorías por encargo o licitación, que es igual a que se realicen por mandato. Y la Iglesia Católica, que después del Concilio Vaticano II implementó la opción preferencial por los pobres, que amparó en sus patios a los grupos juveniles de los '70 y 80', hoy está sumida en la oración y canonizando el máximo posible de santos y santas, presentándolos como el nuevo modelo a seguir frente al Becerro de Oro del Mercado. Y como los nuevos héroes de la Nación.

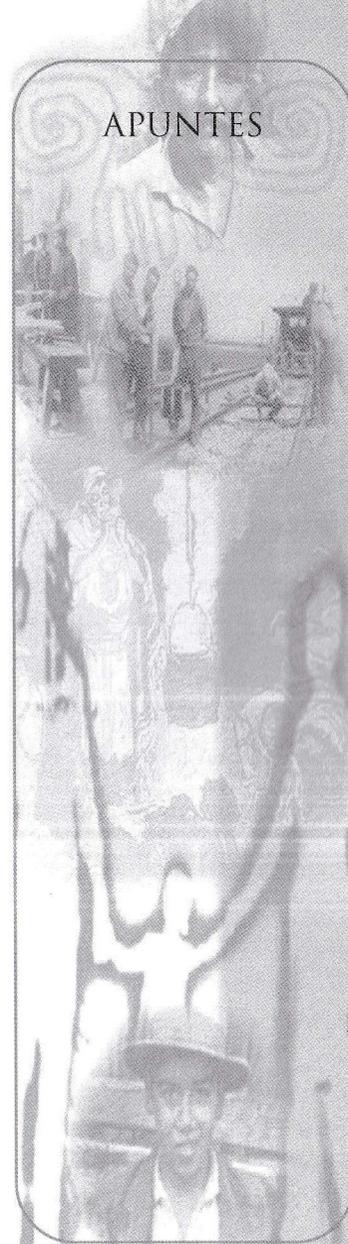
¿Entonces, quién? ¿Los científicos sociales o los humanistas, a título de compromiso y gesta de conciencia individual? ¿Y qué estamos haciendo los historiadores sociales a este respecto? Nosotros publicamos tiempo atrás el “Manifiesto de Historiadores”, que fue dirigido contra Pinochet y contra un Gonzalo Vial que defendía a Pinochet. El enemigo, entonces, constituía un grosero blanco a la vista y disparamos todos en conjunto. Pero, tiempo después, se intentó sacar un segundo manifiesto, ya no contra Pinochet, sino, contra las abstrusas “paradojas de la modernización” que, sin duda, significaba criticar el modelo que las causaba y criticar a los administradores de ese modelo (esto es: la actual Concertación de Partidos por la Democracia). Y ya no fue posible obtener acuerdo de los historiadores para publicar ese segundo manifiesto. El asunto se puso complicado pues se requería, acaso, más ciencia y más audacia. Y, tal vez, faltando algo más de la primera (estamos todavía mirando a los pobres del pasado), nos faltó algo de la segunda (acaso por los recuerdos de los temores recién pasados)

¿Qué hacer, pues, si las universidades están “en otra”, si las ONGs están “con ellos”, si las consultoras “son” empresas y si la Iglesia “mira” a los cielos? ¿Y si las tesis comprometidas de los estudiantes – que hurgan sin miedo en las llagas del presente – no se publican, no se debaten, no entran en la corriente viva de la situación? ¿Qué hacer?

Hoy tuve que asistir a un “Encuentro” donde se debatió cómo *evaluar* las políticas sociales de este gobierno. Desde más o menos 1985, en Chile se han aplicado dos tipos de política: las políticas estratégicas que se abren a la globalización económica, y las políticas tácticas que focalizan el problema social. Y desde esa fecha, se ha intentado todo en materia de políticas sociales focalizadas: PLADECOS (Planes de Desarrollo Comunal por municipio), plan de las 900 escuelas, el programa Todos Juntos, Chile Barrio, Participación Ciudadana, Desarrollo Local, Desarrollo Regional, y últimamente, por todo Chile, Planes de Seguridad Ciudadana. Al evaluar estas políticas, en el Encuentro señalado se llegó a las siguientes conclusiones:

1.- *Rebotan*, o sea, no se insertan en el torrente sanguíneo de la sociedad civil: la gente va, acude, escucha, se va, no queda nada y no hay resultados.

2.- Producen *resultados divergentes*. Se quiere conseguir una cosa, la gente gasta el dinero, usa los recursos, toman los cafecitos, y termina haciendo algo distinto a lo que los planificadores querían. El Gobierno comprende tardíamente que no controla los procesos que quiere controlar.



3.- En algunos casos los resultados *superan con creces* las expectativas calculadas, porque la gente “agarró vuelo” usando su propia sinergia comunitaria, con lo cual se superan los plazos y logros planificados, y con una comunidad que termina más orgullosa de sí misma que del Gobierno (por ejemplo, en autoconstrucción).

4.- No captan lo que realmente está ocurriendo en la *transición ciudadana local*, en la micro-historia de los actores locales, en el “malestar subjetivo” de los sujetos sociales de carne y hueso. No asumen su dinámica cultural. De ahí se han derivado una serie de problemas no resueltos, cuya suma – creciente – motivó la realización del “Encuentro” que estoy comentando, donde se reunieron 300 funcionarios de la Primera, Segunda y Tercera Regiones, de la Intendencia, los Municipios y otros servicios públicos.

Dos meses atrás me tocó participar en otro Encuentro similar, esa vez con funcionarios y vecinos de la Sexta, Séptima y Octava regiones, para el mismo efecto. ¿Por qué menciono estos “encuentros”? Porque al evaluar colectivamente las políticas públicas, se hace visible la presencia de un “*factor H*”: esto es, un factor que actúa de reversa sobre las políticas sociales, afectando su “eficiencia”. Es un factor que tiene que ver con la memoria local, la identidad local, el espacio local, la cultura identitaria y comunitaria, las redes asociativas del barrio, etc. O sea: con la *historicidad social y cultural*. De ahí ha surgido una demanda específica para que la Historia Social concorra a la base, no para dictar cátedra, sino para colaborar en la sistematización sociocrática y política del dicho “factor H”. Estamos muy preocupados, a veces, cómo *yo* voy a definir *mi* proyecto personal de historiador, cómo yo me voy a situar con éxito en la constelación académica, en el escenario sistémico o en la red universitaria internacional, o cómo vamos a refutar y destruir dialécticamente a los que piensan distinto (disparando para el lado o para atrás), ignorando la masiva demanda social que nos llega de frente y desde abajo. Una demanda popular que se orienta a ordenar metodológica y científicamente su memoria y sus experiencias para levantar un nuevo (e inédito) proyecto popular de sociedad.

El paradigma cognitivo académico tradicional naufraga en las aguas revueltas del mercado. El paradigma cognitivo de las ONGs agoniza bajo las cataratas tácticas del modelo neoliberal. El paradigma cognitivo de las consultoras – proyectos privados por encargo – que tiene un creciente número de adeptos, no está al servicio de los quintiles más pobres sino de los más ricos. Pero el paradigma cognitivo de los pobres, de ras de tierra, hecho de memoria colectiva e intercambio oral, *no colapsa*, al contrario: se endurece, se amplifica y quiere potenciarse. Y de allí surge la demanda. ¿A cuál de estos distintos paradigmas cognitivos pertenece, hoy por hoy, la Historia Social? ¿Cuál es “nuestra” opción preferencial? La demanda está, y María Angélica Illanes, Mario Garcés, Leonardo León, Sergio Grez, Igor Goicovic y otros – yo mismo – tienen que ir de un lado a otro, “invitados” a entregar el punto de vista de la Historia Social. Y no es una demanda estrictamente académica, pues proviene de alumnos, municipios, redes sociales, educadores populares, grupos de salud, profesores, etc. Es decir: de todos aquellos que trabajan

profesionalmente o padecen los rigores de las “paradojas modernizantes”, y que piden colaboración profesional (no sólo de historiadores, sino también de sociólogos, sicólogos y trabajadores sociales) para, por ejemplo, convertir un individuo enajenado, un individuo masa o consumidor en un *actor social*. En un ciudadano capaz de entender, debatir y ejercer su soberanía. Esa transformación ¿quién puede hacerla?, el que es capaz de trabajar la memoria histórica. ¿Quiénes pueden trabajar mejor la memoria histórica?, sobre todo, los historiadores sociales. Siempre y cuando no nos obsesionemos con el Archivo Nacional o el positivismo puro, porque la Memoria Social es también un archivo, pero *vivo* e hirviente de historicidad. Y se puede hacer ciencia tanto con el uno como con la otra. Pero si no aprendemos a trabajar con la memoria social viva, con métodos que permitan construir una verdad colectiva, donde la verdad consiste en que ese individuo se transforme en sujeto, el sujeto en actor, y ese actor en un movimiento social capaz de construir la realidad que se quiere, entonces nuestra labor social será inútil. Pues, en el tiempo actual, es “lo social” lo que se siente llamado a hacer historia.

Están pensando en todas partes que la identidad local debe transformarse en poder local. Que la memoria se vuelque a la acción. Que pensemos con el gerundio del presente y los proyectos de futuro. Que miremos menos el pasado y construyamos ahora, entre todos, la realidad social que queremos. Que controlemos los procesos sociales, culturales y económicos que nos rodean en lo local y regional. Que el poder es la única vía que permite salir con la identidad hacia la historia, hacia la totalidad, hacia lo nacional y el Estado. El poder social, por todo eso, no puede entenderse sólo como poder político. El poder comienza en la auto-construcción de la identidad, sigue con la potenciación de la cultura social identitaria, y luego con el control de los procesos económicos locales y regionales. El poder es un proceso social de construcción y transformación de poderes. Por eso, la política comienza donde se inicia la construcción de poder social. Allí radica la esencia de la política y no en los “aparatos de Estado”. Es por eso que los nuevos movimientos sociales no están obsesivamente preocupados por el Estado, porque saben que es más esencial el poder local – que permite un alto índice de participación ciudadana – y el control de aquellos procesos que inciden precisamente en el aumento del empoderamiento ciudadano.

Entendiendo eso, una alumna me dijo hace algunos días atrás: “estoy haciendo una tesis y aunque estoy algo confusa hay algo que tengo muy claro”. ¿Qué será eso?, le pregunté. Y me respondió: “mire profe, lo que yo quiero hacer es, en primer lugar, algo que satisfaga lo que yo soy y lo que quiero ser, algo que sea útil para aquellos a los que quiero ayudar, y lo que quiero es que la historia, mi tesis y mi proyección histórica sirvan para reconstituir el campo de lo popular, con el fin de que pueda construir su propia realidad.”

Ella, espontáneamente, instituyó una oferta desde la historia, que se correlaciona positivamente con la demanda que nos llega de todos lados. Es una oferta inédita en nuestra historia y también una demanda inédita: nunca antes los historiadores chilenos se han hallado ante esto. Recuerdo que en la época de Pinochet, cuando



estaban 24 abogados pensando una posible Constitución Política, se invitó a un historiador a participar de ese debate y lo único que se le ocurrió fue hacer una muy erudita y detallada Historia del Parlamentarismo entre 1918-1922. Los abogados que estaban en gerundio y pensando construir futuro, leyeron ese artículo, lo miraron y lo dejaron de lado. Pienso que no podemos encerrarnos en un erudicionismo profesional cuando la realidad exige con urgencia propuestas de nuevos futuros.

Tenemos grandes tareas por delante: una es revertir la dispersión, convertirla en convergencia y colectivo, debilitando el individualismo historiográfico. Otra, integrarnos dialécticamente a los procesos culturales que con tanta fuerza caracterizan hoy a la “transición ciudadana” y a la “transición juvenil”. Otra, demostrar que la ciencia (histórica) se realiza plenamente sólo cuando trabaja orgánicamente en la construcción social de la realidad local (lo que implica asumir que el “sujeto histórico social” es más amplio y trascendente que el sujeto académico llamado “historiador”). Si la ciencia no se construye socialmente, no hay saber como poder; si la pedagogía no la hacemos entre todos, no puede un profesor sólo en el aula resolver los problemas de la calle. Si los profesores no salimos a la calle, no vamos a resolver ni los problemas del aula ni los problemas de la calle.

Debemos, pues, meditar profundamente por el entorno histórico de nuestra ciencia y de nuestras prácticas. Es preciso multiplicar los eventos como éste. Los talleres de historia local y educación popular. E ir pasando, de la lógica del seminario y el coloquio, a la de la asamblea informada y deliberada. Para pasar de la memoria a los acuerdos colectivos de acción.

Quiero terminar, por tanto, señalando lo que dije al principio: no hay duda que estamos viviendo el *boom* de la Historia. La Historia se ha convertido en una ciencia total. Estamos en todo, y esto nos obliga a revisar todos los métodos, a usar todos los métodos, a revisar todas nuestras definiciones tradicionales. Tenemos que revolucionar la historia y revolucionarnos nosotros mismos para responder a los desafíos que nos pone la propia sociedad y nuestro tiempo. Debemos, pues, ser *responsables* históricamente.

PREGUNTAS

Pregunta 1: Buenas tardes. A mí me gustaría preguntarle si el historiador social no sólo puede llegar a representar la realidad de lo popular o de la historia no-oficial, y pueda llegar a proponer un proyecto de desarrollo desde lo local que sea más que una propuesta elitista, teórica, de lo que es la historia, o sea, si el historiador puede situarse él mismo como un sujeto histórico de acción y desarrollar un proyecto político a partir del conocimiento que tiene, y que es un poco lo que apela usted con el decir hoy se está convocando al historiador y no al sociólogo.

Profesor Salazar: Bueno, creo que estamos frente a un imperativo histórico: debemos convencernos de que tenemos que redefinir nuestra identidad, redefinir nuestro rol y asumir responsabilidades históricas (o políticas en un sentido amplio) y no sólo historiográficas. Y esto pasa por atreverse a *vivir* la historia que uno escribe, salir a la calle, sumarse a los procesos que están desarrollándose allí, sumirse en ellos y, de alguna manera, entregar su aporte en lo que sirva, porque creo que, en primer lugar, si procuramos que los actores populares desarrollen su proyecto histórico, es su propia memoria lo que va a impulsar a hacerlo, siempre que la ordene y la sistematice, ¿Qué puede aportar uno? Método, no tanto el de los archivos sino también “otros” métodos, relativos a la construcción de poder. Y nuestro aporte puede ser también que los actores sociales investiguen, escriban o muestren su propia historia. Tenemos que comenzar a olvidarnos de que la historia es sólo para escribirla, o un mero ejercicio académico. Y esto exige una mentalidad distinta; exige que nos transformemos en pedagogos todo el día, en investigadores todo el día, en escritores todo el día, en gente que debate todo el día ¿por qué un profesor de Historia no puede ser al mismo tiempo investigador? Alguien dijo por aquí “yo voy a ser profesora de historia”. Por favor, espero que eso no lo haya asumido como que va a estar 35 años haciendo clases y repitiendo mecánicamente el programa que le entregan hecho del Ministerio.

Yo creo que un profesor de enseñanza media, un profesor de Historia, está habilitado para hacer investigación, si quiere nacional, ojalá de barrio, o de la comuna donde está instalado el colegio donde trabaja. Ese profesor está habilitado para investigar y escribir artículos o libros que tengan incidencia en lo que está haciendo. Por eso, puede participar en los planes de desarrollo local. Puede hacer política en lo local. Yo creo que el profesor de Historia está actualmente sub-utilizado, que tiene una capacidad ociosa como del 80%, y me da pena a veces cómo los profesores viejos están somnolientos todo el tiempo, tejiendo todo el tiempo, como que ya no piensan, todo es rutina, todo es mecánica. Yo creo que el profesor nunca debe morir de esa manera, y para no morir, debe aprovechar todas sus capacidades naturales, todo lo que ha aprendido, y desarrollar todo eso mucho más, porque puede ser profesor, pedagogo social de la calle, investigador, escritor, puede ser político local, puede ser todo lo que quiera, pero no solo, *sino en colectivo*.

Pregunta 2: Como estudiante de primer año tengo tres preguntas que hacerle. Usted habla de que en los últimos veinte años ha habido un *boom* en la historia social, podemos ver que varios discuten cómo se puede abordar desde varias perspectivas, y así proyectarla como por intermedio del cuerpo, de fiesta, carnaval y humor y así, sucesivamente, como por intermedio de la mujer, historia local y oral, pero mi pregunta apunta a evitar que lleguemos a un escenario de confusión con respecto a la historia social, tan sobrecargada de textos, que vamos a

llegar a un abismo de subjetividad del cual vaya a ser muy difícil salir. Mi pregunta apunta a si eso nos va a llevar a desvirtuar la historia o la desnutrición de ella. Mi otra consulta se refiere a las tesis a que usted hace mención, que son muy importantes a la hora de conocer lo que son las historias locales, mi pregunta se orienta a saber qué podemos hacer nosotros para poder rescatar esas tesis que se encuentran guardadas. Y mi última consulta tiene que ver con que se habla mucho de recoger lo que es la historia oral, ahora bien, me gustaría saber si volver a la historia oral no será un retroceso de la historia, referente a lo que se habla sobre el positivismo, a buscar las fuentes, ver los hechos objetivamente, si no se va a llegar a un retroceso, y se va a pasar a lo que, generalmente, se discute sobre una literatura histórica.

Profesor Salazar: Empezando por lo último, según los informes de que di cifras, cerca de un 60% de los chilenos no entiende lo que lee, y un porcentaje altísimo de chilenos, no calculado, no sabe hablar de corrido. Por favor, comparen una película argentina con una película chilena, comparen el *scriptum*, o sea, el diálogo: el nuestro es de una pobreza impresionante.

¿Por qué digo esto? Si nos proponemos como tarea, como historiadores sociales, ayudar a construir la realidad social que los sectores populares quieren, no tendría mucho sentido utilizar la escritura como única forma de desarrollar conocimientos útiles, si el pueblo o bajo pueblo, y nosotros mismos, estamos más habituados al “habla”, como dicen los expertos, a la imagen y al gesto. Hoy día la comunicación, en los sectores populares no es tanto a través de libros complicados y difíciles: es la imagen, el mural, el grafiti, el vestuario, el peinado, el gesto, la interjección, es hablar rápido y entrecortado. Los chilenos se comunican con un mínimo de palabras, un máximo de gestos y mucho de entendimiento tácito ¿Cómo vamos a trabajar, políticamente, la potenciación de las identidades populares solamente con la escritura? ¿Con libros que publique LOM? ¿Con libros que publique la Editorial Universitaria? Las revistas de historia de las universidades ¿dónde se pueden comprar? La revista de historia de la Universidad Católica ¿dónde la compran? Prácticamente hay que elevar una solicitud y hacer una cola para conseguirla. La revista de nuestro departamento, Cuadernos de Historia, ¿dónde está, en qué librería?

Si vamos a hacer trabajo en la base social, la oralidad es mejor que la escritura, un buen taller donde todos participemos, un buen diálogo, una buena exposición es mejor que una trabajosa y lenta investigación documental. Los tiempos de la realidad son más urgentes y rápidos que los de la academia pura. Recordemos que el viejo Marx decía siempre: el “método de investigación” es uno: estadística, documento, dato, información objetiva; pero el “método de exposición” es otro y es más importante ¿por qué razón? Porque el método de exposición tiene que ver

con la forma con que nos comunicamos con los otros. O sea: cómo yo construyo un *pensamiento colectivo*. Y hoy es evidente que necesitamos construir un pensamiento colectivo, donde lo escrito está al servicio de lo oral y no a la inversa. Por eso el historiador no puede contentarse con el Archivo Nacional, ni con escribir sesudos libros “objetivos”, ni enviar sus artículos a las más académicamente prestigiadas revistas de Historia (como la de la Católica), y menos aun a las revistas internacionales. Como resultado de esta necesidad, todas metodologías *nuevas* son orales. La construcción social del poder va por vía oral. Hoy día, bien se sabe que lo oral es el camino más expedito para construir identidad, para reconstruir la memoria colectiva, para educar, para autoeducarse y también para persuadirnos de que lo que nos produce “malestar interior” son las paradojas de la modernización.

Rescate de tesis. Bueno, creo que hay un 70% de tesis de gran calidad, que siendo de Licenciatura, podrían ser perfectamente de Magíster o Doctorado. Hay un porcentaje de tesis que son mejores que los libros que se publican, por eso es que con Julio Pinto, Mario Garcés y Pablo Artaza, entre otras personas, estamos tratando de publicar las mejores tesis de los estudiantes de licenciatura. La Universidad de Santiago ha publicado una, la Católica ha publicado otras, y nosotros tenemos tres listas esperando para que las publiquen pronto, convencidos de que son de calidad superior.

Y respecto con lo primero, estamos de acuerdo. Sin duda, esta búsqueda de los ángulos no explorados del mundo social es una aventura individual que tiene que ver con la subjetividad, con el cuerpo, el sexo, el género, la representación, el miedo, etc. Yo creo que tales “exploraciones” están bien, pero si no logramos con todo eso volver a un proceso convergente que termine en la acción y en la construcción de poder, entonces eso es pura dispersión, puro dilantatismo estético sobre los pobres. No hay nada peor que construir una historia *estética* de la pobreza, de la miseria, de la tortura, del dolor. No podemos pintar un Jesucristo tipo Mel Gibson, que descubra impudicamente el dolor y la tortura. Debemos traer esa imagen y ese dolor a nuestra propia sensibilidad y a nuestra propia conciencia para inducir en éstas los cambios que se requieren para actuar sobre el dolor. Es importante, si uno hace eso, hacerse la pregunta que planteó Alejandra Araya, sobre cómo la imagen descriptiva de la pobreza o el dolor se re-conecta con lo total, con lo nacional, con lo que el sentido de la historia. Es un riesgo, tal como tú lo señalas, pero la estética de la pobreza es más criticable éticamente que intentar recuperar el sentido último de los procesos.



Pregunta 3: Buenas tardes profesor, quería recalcar lo que estamos hablando hace un rato, lo que es la historia social. Lo encuentro fundamental para hacer las transformaciones sociales que queremos generar, para generar un país mucho más estable y mejor, como todos queremos. Yo tengo una concepción más bien utópica, de querer crear un mundo mejor, entonces, como tenemos una sociedad narcisista, individualista, que busca solamente sus beneficios, a mí me gustaría plantear este cambio de generación que somos nosotros, el rol que tenemos como profesores, entonces yo quería recalcar el hecho, de que nosotros somos los transformadores para generar un mundo mejor, bueno, mi pregunta es: ¿cómo se podría generar un proceso de transformación que fuera sin violencia? para que no se repita lo que pasó hace treinta años atrás, en que la derecha logró tener el poder.

Profesor Salazar: Gran pregunta, gran tema. Sin duda, estoy de acuerdo contigo con las premisas que planteaste. Bueno, llevo 45 años haciendo clases en la Universidad y delante de mí han pasado promociones y promociones de estudiantes: desde los jóvenes del '60 y '70, que lo interrumpían a uno a cada rato, para decir, “esto es lo que hay que hacer”, “esto es lo correcto”, para luego citar autores, como Mao, Marcuse, Che Guevara, etc. con página y todo. La generación del '80, con la que me tocó trabajar tanto dentro de los *resort* de Pinochet como fuera de ellos, fue una generación furiosa, menos letrada. Tenía la *vendetta* en su cabeza. Querían eso del ojo por ojo y diente por diente. Cuando volví a Chile en 1985 me encontré con una generación de estudiantes que ya no leían a Marx, que ya no citaban textos, pero que tenían tres o cuatro consignas clarísimas, cuadradas, terriblemente duras, “Patria o Muerte”, “Rojo y Negro”. Te decían: *“compañero no hay que pensar tanto aquí, la cosa es más simple”*, o bien: *“no, usted es revisionista, por tanto usted es funcional al sistema de dominación”*. Era una generación fogueada en las protestas nacionales contra Pinochet. En las trincheras poblacionales contra las “caras tiznadas”. Luego vino generación del '93, '94, '95, '96, que no atinaba, que estaba desorientada, que hacía pocas preguntas y no proponía nada. Hasta que, hacia el año 2000, noté por fin una generación distinta, en el sentido que tenían procesada la experiencia y se hacían preguntas como las que estamos formulando en estas Jornadas.

Yo siento que esta nueva generación tiene mucho que decir, y hay que estudiarla en profundidad, porque ya no tienen en la boca la palabra “organización” con mayúscula, como la generación de los 60s. Se trata de una generación que tiene una palabra más colectiva, una más definida cultura identitaria, que opera en red, sin jerarquías y con liderazgos rotatorios. Que valoriza el colectivo y la asamblea. Que se trae algo entre manos. No me extraña que estén preocupados de la Pedagogía Social. No me extraña que estén haciendo educación popular de nuevo tipo, ni me extraña que estén creando los Cordones Populares de Educación, y llenado los anaqueles con tesis referidas a sujetos populares, desarrollo local, memoria colectiva. Se están preguntando cosas distintas, que habrían sido impensables

en 1985 o 1993. Pero la cuestión de fondo es lo que tú decías: ¿cómo hacer para no caer – no digamos nosotros, sino “ellos” – en la violencia? ¿Cómo no desembocar en lo mismo que ya pasó? ¿Cómo resolver el tema de la *estrategia* de una manera distinta al mero choque frontal? Creo que ese es el gran tema de fondo.

Si mal no entiendo, la nueva generación se está jugando por la estrategia cultural.

La auto-construcción de identidades culturales – que es lo más característico de la nueva generación – está generando problemas que el sistema dominante no ha logrado resolver. Porque un movimiento identitario socio-cultural no puede ser reprimido como Pinochet reprimió al MIR, al PC, al PS, al Mapu-Lautaro; no se trata de torturar a un camarada para que suelte el nombre del otro miembro de la base o del jefe para arriba, porque aquí no hay miembros de ese tipo, ni hay jefes para arriba. ¿Por qué no han podido exterminar, por ejemplo, pese a sus esfuerzos, el movimiento rapero? Sospechan de él, lo acosa y reprimen, pero no han logrado erradicarlo. Lo mismo ha ocurrido con las “barras bravas”. Por eso las políticas policiales cambian y cambian, y se hacen cada vez más científicas: están trabajando con sociólogos, científicos políticos, sicólogos, etc., todo un equipo, hasta historiadores. Podría contarles, pero sería muy largo, del caso de cómo, ustedes saben, Chuquicamata la desarmaron, y van a meter toda la gente de Chuqui en Calama. Chuqui era una ciudad jerarquizada, con ciudadanos tipo A, tipo B y tipo C. Calama, al revés, es todo horizontal. Es la ciudad de “las tres P”: polvo, perros, putas. En ella hay violencia a toda hora, dentro del hogar, fuera del hogar, en todas partes. Los habitantes de Chuquicamata debieron prepararse, pues, para resistir la violencia de Calama. Mejor dicho, se prepararon para reeducar a los calameños. ¿Cómo? Constituyendo por doquier una *educación valórica*, que la gente aprenda valores de respeto, de decencia, de obediencia a la ley y la autoridad. O sea: una política de re-moralización, vía colegio, vía juntas de vecinos, planes de municipio, intendencia, y están pagando muy bien a los sociólogos que están elaborando este plan ¿ustedes creen que eso da resultado? ¿Que las campañas neo-moralizadoras van a resultar vencedoras sobre la estrategia socio-cultural?

La estrategia, por tanto, es un gran tema a discutir. La estrategia socio cultural obliga a revisarlo todo. En política y en educación. Es reproducir la tarea de Recabarren: hay que “desarrollar la inteligencia del pueblo, para que aprenda a auto-gobernarse y también a gobernar”. Es un gran tema que no podemos agotar aquí, pero que en el fondo consiste en reemplazar la estrategia de los ejércitos ordenados en batallones tipo Napoleón, o la de los ataques a bayoneta calada del general Baquedano, y reemplazarlas por una estrategia *viral*, hecha de oralidades, de fluidos culturales. La estratégica napoleónica es directa, brutal; la otra, es profundamente dialéctica. Nunca hemos trabajado con una estrategia dialéctica, y a lo mejor es ya tiempo de hacerlo.

¹ Transcripción de la Cátedra Magistral presentada las *Primeras Jornadas de Historia Social*, realizadas en la Casa Central de la Universidad de Chile por estudiantes de Historia Social, Viernes 2 de septiembre de 2004. Texto corregido por el autor en agosto de 2006.